

Marzo 11,2011

### **América puede y debe apoyar la causa de la libertad**

Ante la postura vacilante del mundo libre, el carnicero de Trípoli está de plácemes. Sus homólogos en todo el mundo también lo están. Ante los reiterados llamados de ayuda de los rebeldes libios, que a fuerza de coraje tratan de derrotar al ejército de Gaddafi, una América obesa y acomodada parece olvidar su historia. América parece olvidar que hoy somos libres no sólo gracias al valor de los nuestros, sino también, gracias a la decidida ayuda militar que Francia brindó a los inspirados rebeldes americanos que, como hoy hacen los rebeldes libios, se enfrentaban mal equipados, pero repletos de esperanza, a un poderoso ejército que intentaba aplastarlos.

Hoy, en América, los políticos del partido demócrata hablan de los actos llenos de heroísmo de los rebeldes libios. Hablan del genocidio en Libia para no tener que hablar del mal estado de la economía local. El presidente demócrata también habla y suplica al legendario líder de la izquierda árabe que se retire. Pero los rebeldes libios necesitan más que palabras para derribar los aviones del carnicero de Trípoli. En tanto, los republicanos, obsesionados con la economía americana, ni siquiera quieren hablar sobre Libia para que nadie se olvide de la alta tasa de desempleo existente.

A finales del siglo XVIII la Revolución Americana conmovió al mundo. Francia tuvo la visión profunda y la gallardía de ponerse de parte de la causa de la libertad. Hoy, en Virginia existe un monumento en memoria y reconocimiento del aporte de los marinos franceses a la causa de la libertad en América. La estatua que los franceses regalaron a América es hoy el símbolo universal de la libertad. El prestigio de América está en juego. Su bienestar también. O seguimos el gallardo ejemplo de los franceses y, apoyando la revolución de los jazmines Libia, nos ganamos el respeto de los países árabes. O dejamos que el carnicero de Trípoli exhiba, como trofeo de guerra y para vergüenza de América, los jazmines mutilados que pudimos haber salvado.

Los cubanos nos vemos en el espejo de la revolución ensangrentada de los jazmines libios. Como los libios, los cubanos hemos padecido por un tiempo infinito los tormentos de vivir aplastados bajo las botas de uno de esos tiranos-reliquias que quedan en el mundo para consuelo de los nostálgicos de la desaparecida Unión Soviética y desgracia de sus pueblos. Como los libios, los cubanos aspiramos a contribuir a la extinción de tan desagradable especie. La sangre que mana a borbotones de los jazmines libios nos demuestra lo que ya sabíamos, que no debemos esperar absolutamente nada del clan de los Castro. La actitud vacilante de América nos reafirma que no sólo tendremos que conquistar nuestra libertad con nuestro propio esfuerzo, sino también que, hoy por hoy, tendremos que salvar a los políticos del país de la libertad de la vergüenza de ser chantajeados por la Mafia de La Habana.